

(1)

### EXCEPTO LOS DOMINGOS

- Aquí llueve todos los días, excepto los domingos – le señaló la mujer que estaba detrás del mostrador. Cada vez eran menos las personas que se atrevían a llegar por el asunto de la lluvia, y el negocio, por lo mismo, ya no era rentable.

Miguel llegó en el bus de las tres de la tarde y el pueblo le pareció un dibujo escolar mojado con un rociador de peluquería. Le había prometido a la madre que cuando fuera grande iría a buscar a su padre. Y ya era grande. Había cumplido 20 años hace dos meses, en mayo.

- Eso me dijeron – le terció el muchacho. Afuera caía una lluvia tupida.

- ¿Y usted qué hace por estos lados? ¿Viene por lo de la faena? – le preguntó mientras se dirigía al otro extremo del mostrador en busca del trapero. Los sábados se dedicaba a limpiar el negocio.

- Vengo por mi padre – le contó el muchacho de modo discreto.

- ¿Por tu padre? - le preguntó curiosa. Había recibido a muchas personas, pero ninguna vino a buscar a un padre, a todas les interesaba ver la represa que desviaba las aguas ancestrales.

- Mamá me dijo que él se fue a un lugar donde llovía todos los días.

La mujer hizo un breve silencio y luego le dijo:

- R.R. Zincot se fue hace 15 años y a lo mejor me quedo corta, pero antes que hicieran la represa este era un lugar alejado de todo, llovía normal, no como ahora.

(3)

“Allá donde va usted ya no queda nadie.” Recordó el muchacho las palabras de la pasajera que iba en el bus.

Miguel sacó de la billetera una fotografía y se la mostró. Ella la miró y después de un rato, le dijo:

- El último hombre que se fue de este lugar era como de tu porte, igual de delgado, pelo castaño y alto. Los trabajadores le decían El Pastor – se detuvo como si se diera tiempo para llenar su memoria y luego continuó -: El hombre caminó con su bolso hasta la oficina del Jefe de la obra y cuando salió de ahí se vino directo al negocio. Todas las tardes se sentaba en la otra habitación que usted ve detrás de esas cortinas feas y me pedía un café con un sándwich, sacaba un libro y se ponía a leer. Cuando R.R. Zincot se fue, él se quedó, se había enamorado de la viuda.

- ¿De la viuda? - le dijo el muchacho y se acercó a la estufa a calentarse las manos.

- Aquí llegaron mujeres que no eran las esposas de los trabajadores, pero la viuda se notaba diferente, se metía con pocos hombres y uno de ellos era el Pastor. Un día el Jefe de obra llegó borracho y tomó del brazo a la viuda y le dijo: “tú te vienes conmigo” y la mujer le dijo que no. El Pastor que miraba la escena dejó de leer, se levantó y miró al exaltado hombre a los ojos: “tranquilízate, esa no es manera de tratar a una persona.” Le susurro en la oreja.

La mujer volvió a la limpieza y como acordándose de algo, le señaló:

- El Pastor compró un terreno en el cerro y se construyó una casa. Pero ya no vive nadie ahí.

- Y dónde queda esa casa? - le preguntó Miguel.

(4)

- No muy lejos.

- Debe ser él – le dijo Miguel.

- ¿Porque estás seguro? - le preguntó ella.

- Mi madre me dijo que se había ido a un lugar donde llueve todos los días...

- ¿Quién? ¿Tu padre?

El muchacho se sonrió.

- Sí, mi padre – le contestó.

El domingo estuvo despejado, así que Sonia se levantó tarde.

.....

Miguel miraba por la ventanilla y llovía. El pueblo al que había llegado le seguía pareciendo un dibujo escolar pintado con témpera, como los que dibujaba cuando su mamá le contaba la historia de su padre.

“Él se fue donde llueve todos los días.” Escuchó la voz de ella dentro de él.

- Cómo estuvo el fin de semana - le preguntó el chofer.

- Bien – le respondió -. No paró de llover - le dijo después el muchacho.

- Aquí es así – le habló el chofer mirándolo por el retrovisor.

El muchacho divisó a una persona detrás del manto de agua empapada de soledad.

- La viuda nunca se quiso ir – le dijo el chofer llevándolo a la realidad.

- ¿La viuda? - lo interrogó el muchacho despertando de la visión.

- Es como todos la conocen - le señaló el chofer escuetamente.

- Y qué pasó con el Pastor – le dijo Miguel.

(5)

- ¿Cuál Pastor?

- El amante – replicó el muchacho.

- Que yo sepa ella nunca volvió a tener un hombre desde que falleció su esposo. Se quedó en éste lugar como si le hubiera echo una promesa al desconocido.

- ¿Al desconocido?

- Es como le decían, el desconocido, incluso la historia llegó hasta la garita - le dijo el hombre. El bus ronroneaba -. Nadie sabía nada de él – aclaró.

- Qué más hablaban – le preguntó el muchacho con cierto interés.

- Que había enloquecido de amor como el niño de la novela y que desde esa vez llueve todos los días – El chofer acomodó el retrovisor y observó al ser que miraba llover por la ventanilla.

- Excepto los domingos – se oyó la voz del muchacho.

- Exacto, excepto los domingos – replicó el hombre.

Sonia miraba el bus atrapado en la lluvia. No sabía en cuánto tiempo más llegaría otro pasajero o pasajera. En todo caso, Jaime siempre le avisaba. Cerró la puerta y corrió hasta su casa bajo la lluvia saltando en los charcos.

FIN